

clarado en nuestro favor expresándose de una manera que alienta las esperanzas del país y honra singularmente el hidalgo corazón de los que sacrifican sus propios intereses en las aras del pundonor nacional y de la independencia de la patria. Pero estas circunstancias irán desapareciendo, como sucede ya en la actualidad; y pasado el calor del momento, las cosas volverán á su curso regular, obedeciendo al impulso de sus motores naturales.

No intentamos mostrar á Cataluña el partido político á que le conviene inclinarse, ni pretendemos indicarle que debe mantenerse ajena á todos ellos; esto fuera poco menos que imposible, y la dañaría en vez de favorecerla. Sólo hemos dicho que le importa no constituirse *ciego instrumento* de ninguno; significándole con esta expresión, el peligro que corre de ser explotada en diferentes sentidos, y de servir sin provecho propio á la ambición de nacionales y extranjeros. Cuando en momentos críticos y de exasperación oiga hablar de independencia, convénzase desde luego que se trata de engañarla con esperanzas imposibles de realizar; cuando se le insinúe la conveniencia de levantar otro pabellón como hiciera allá en los disturbios de 1640, no dude que se la seduce astutamente para hacerle cometer un acto de rebeldía que mancillara su honor y que pagarían con desprecio y desdén los dueños de la enseña enarbolada; cuando se le diga que es posible resucitar sus antiguos fueros, convocar sus Cortes y obligar á los monarcas de Castilla á que hagan pronunciar la antigua fórmula *plau al Senyor Rey*, crea firmemente que se la brinda con ilusiones, incompatibles con el espíritu del siglo y con nuestras propias costumbres; y por fin, cuando se intente persuadirla que el mejor modo de alcanzar justicia es la insurrección y la violencia, rechace con indignación las pérfidas sugerencias, que quizás inducen al crimen para gozarse en el feroz placer de verle castigado con fuego y sangre.

A los pueblos como á los individuos, no los salvan los furiosos arrebatos de cólera, con que ciegos de venganza

se arrojan á la violencia y al crimen; sino la firmeza en sostener con el correspondiente decoro los intereses de su causa, y aquella inalterable constancia nacida de la profunda convicción de que la razón les asiste y de que tarde ó temprano llegará el día de la justicia. O'Connell ha levantado la Irlanda de la abyección en que yacía sumida, la ha colocado en imponente actitud, haciendo temblar todos los gobiernos de la Gran Bretaña; y uno de los primeros pasos de su grande obra fué el reprimir las violencias particulares, el evitar los estériles alzamientos, y el presentar la causa nacional con los colores de que era digna. Bastan por hoy estas indicaciones: otro día continuaremos nuestra tarea, explicando los medios morales que en nuestro concepto debe emplear Cataluña para precaver su desgracia y acrecentar su prosperidad.—*J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

ESCEPTICISMO. (1)

CARTA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGIÓN.

Mi estimado amigo: difícil tarea me ha deparado V. en su última, hablándome del escepticismo: este es el problema de la época, la cuestión capital, dominante, que se levanta sobre todas las demás, cual entre tenues arbustos el encumbrado ciprés. ¿Qué pienso del escepticismo; qué concepto formo de la situación actual del espíritu humano tan tocado de esta enfermedad? ¿cuáles son los probables

(1) Deseoso el autor de esta *Revista*, de que la *Polémica Religiosa* no adolezca de monotonía ni engendre fastidio, procura presentarla bajo diferentes formas, empleando algunas veces el

resultados que ha de acarrear á la causa de la religión? Todo esto quiere V. que le diga; á todas estas preguntas exige V. una respuesta cabal y satisfactoria; añadiéndome, que «quizás de esta manera se esclarezcan algún tanto las tinieblas de su entendimiento, y se disponga á entrar de nuevo bajo el imperio de la fe.»

Deja V. entrever algunos recelos de que mis respuestas sean sobrado dogmáticas y decisivas; haciéndome la caritativa advertencia de que «es menester despojarse por un momento de las convicciones propias, y procurar que la discusión filosófica se resienta todo lo menos posible de la invariable fijeza de las doctrinas religiosas.» Asomaba á mis labios la sonrisa al leer las palabras que acabo de transcribir, viendo que de tal manera vivía V. equivocado sobre la verdadera situación de mi espíritu; pues se figuraba hallarme tan dogmático en filosofía como me había encontrado en religión. Parece que á fuerza de declarar contra la esclavitud de entendimiento de los católicos, han logrado en buena parte su dañado objeto los incrédulos y los protestantes, persuadiendo á los incautos de que nuestra sumisión á la autoridad de la Iglesia en materias de fe, quebranta de tal suerte el vuelo del espíritu y anada tan completamente la libertad de examinar, hasta en los ramos no pertenecientes á la religión, que somos incapaces de una filosofía elevada é independiente. Así te-

estilo epistolar, que de suyo se brinda á mayor variedad y soltura. Bien penetrado además, de lo grave y espinoso de las materias que ha de ventilar, sobre todo en la indicada *Polémica*; y deseando precaver todo error ó desliz, que tan fáciles son en esta clase de discusiones, avisa á cuantos le favorezcan con su lectura, y muy especialmente á los señores eclesiásticos, que recibirá gustoso y agradecido las advertencias que se le dirijan, encaminadas á rectificar equivocaciones, á esclarecer pasajes oscuros, ó á retractar errores, si alguna vez incurriere en ellos. Los que defienden la religión católica no deben jamás perder de vista aquella máxima: *errare potero, hæreticus non ero.*

nemos por lo común la desgracia, de que sin conocernos se nos juzgue, y sin oírnos se nos condene. La autoridad ejercida por la Iglesia católica sobre el entendimiento de los fieles, en nada cercena la libertad justa y razonable que se expresa en aquellas palabras del Sagrado Texto: *entregó el mundo á las disputas de los hombres.*

Todavía me atreveré á añadir, que seguros los católicos de la verdad en los negocios que más les importan, pueden ocuparse de las cuestiones puramente filosóficas con ánimo más tranquilo y sosegado, que no los incrédulos y escépticos; mediando entre ellos la diferencia que va de un observador que contempla los fenómenos terrestres y celestes desde un lugar á cubierto de todo peligro, á otro que se halla precisado á verificarlo desde una frágil tabla abandonada á la merced de las olas. ¿Cuándo entenderán los enemigos de la religión, que la sumisión á la autoridad legítima nada tiene de servilismo, que el homenaje tributado á los dogmas revelados por Dios, no es torpe esclavitud, sino el más noble ejercicio que hacer podamos de la libertad? También los católicos examinamos, también dudamos, también nos engolfamos en el piélago de las investigaciones; pero no dejamos la brújula de la mano, es decir la fe; porque así en la luz del día como en las tinieblas de la noche, queremos saber dónde está el polo para dirigir cual conviene nuestro rumbo.

Habla V. de la flaqueza de nuestro espíritu, de la incertidumbre de los conocimientos humanos, de la necesidad de discutir con aquella modesta reserva inspirada por el sentimiento de la propia debilidad; pues qué! ¿por ventura esas mismas reflexiones no son la más elocuente apología de nuestra conducta? ¿no es esto mismo lo que estamos continuamente encareciendo, cuando probamos y evidenciamos que es útil, que es prudente, que es cuerdo, que es indispensable el vivir sometido á una regla? Supuesto que se ofrece la oportunidad, y que la buena fe exige que hablemos con toda sinceridad y franqueza, debo manifestarle, mi estimado amigo, que salvo en ma-

terias religiosas, me inclino á creer que no lleva V. tan adelante el escepticismo como este que V. se imaginaba tan dogmático.

Hubo un tiempo en que el prestigio de ciertos nombres, el deslumbramiento producido por la radiante aureola que coronaba sus sienes, la ninguna experiencia del mundo científico, y sobre todo el fuego de la edad ávido de cebarse en algún pábulo noble y seductor, me habían comunicado una viva fe en la ciencia, y me hacían saludar con alborozo el día afortunado, en que introducirme pudiera en su templo para iniciarme en sus profundos arcanos, siquiera como el último de sus adeptos. ¡Oh! aquella era la más hermosa ilusión que halagar pudo el alma humana: la vida de los sabios me parecía á mí la de un semidiós sobre la tierra; y recuerdo que más de una vez fijaba con infantil envidia mis ojos sobre un albergue que encerraba un hombre mediano, que yo en mi inexperiencia conceptuaba gigante. Penetrar los principios de todas las cosas, levantar el tupido velo que cubre los secretos de la naturaleza, levantarse á regiones superiores descubriendo nuevos mundos que se escapan á los ojos de los profanos, respirar en una atmósfera de purísima luz, donde el espíritu se despegara del cuerpo, adelantándose á gozar de las delicias de un nuevo porvenir; estos creía yo que eran los beneficios que proporcionaba la ciencia, nadando en esta felicidad contemplaba yo á los sabios; viniendo por fin los aplausos y la gloria que á porfía los rodeaban, á solazarlos en los breves momentos en que descendiendo de sus celestiales excursiones se dignaban poner de nuevo sus pies sobre la tierra.

La literatura, me decía yo á mí mismo, sus investigaciones sobre lo bello, lo sublime, sobre el buen gusto, sobre las pasiones, les suministrarán seguras reglas para producir en el ánimo del oyente ó del lector el efecto que se quiera; sus estudios sobre la lógica é ideología les darán un clarísimo conocimiento de las operaciones del espíritu, y de la manera de combinarlas y conducir las para

alcanzar la verdad en todo linaje de materias; las ciencias matemáticas y físicas, deben de rasgar el velo que cubre los secretos de la naturaleza; y la creación entera con sus arcanos y maravillas se desplegará á los ojos de los sabios, como se desarrolla un raro y precioso lienzo á la vista de los favorecidos espectadores; la psicología los llevará á formarse una completa idea del alma humana, de su naturaleza, de sus relaciones con el cuerpo, del modo de ejercer sobre éste su acción, y de recibir de él las varias impresiones; las ciencias morales, las sociales y políticas, les ofrecerán en vasto cuadro la admirable armonía del mundo moral, las leyes del progreso y perfección de la sociedad, las infalibles reglas para bien gobernar; en una palabra, me imaginaba yo, que la ciencia era un talismán que obraba maravillas sin cuento, y que quien llegase á poseerla, se levantaba á inmensa altura sobre el vulgo de la triste humanidad. ¡Vana ilusión que bien pronto comenzó á marchitarse, y que al fin se deshojó como flor secada por los ardores del estío!

Cuanto más dorados habían sido mis sueños, y mayor por consiguiente mi avidez de conocer lo que tenían de realidad, tanto más dura fué la lección que recibí y más temprana vino la hora de entender mi engaño. Apenas entrado en aquellas asignaturas donde se ventilan algunas cuestiones importantes, principié mi espíritu á sentir una inquietud indefinible, á causa de no hallarme bastante ilustrado por lo que leía ni lo que oía. Ahogaba en el fondo de mi alma aquellos pensamientos que surgían incesantemente sin poderlo yo remediar; y procuraba acallar mi descontento, lisonjeándome con la esperanza de que para más adelante me estaba reservado el quedarme enteramente satisfecho. «Será menester, me decía yo, ver primero todo el cuerpo de doctrina, de la cual no alcanzas ahora más que los primeros rudimentos; y entonces á no dudarlo, encontrarás la luz y la certeza que en la actualidad echas menos.»

Difícilmente hubiera podido persuadirme á la sazón, que

hombres cuya vida se había consumido en ímprobos trabajos, y que con tal seguridad ofrecían al mundo el fruto de sus sudores, hubiesen aprendido sobre las gravísimas materias de que se ocupan, poco más que el arte de hablar con facilidad en pro ó en contra de una opinión, metiendo mucho ruido con palabras huecas y con discursos pomposos. Todas mis dificultades, todas mis dudas y escrúpulos, todo lo atribuía á mi inexperiencia, á mi torpeza en comprender el sentido de lo que me decían autores tan respetables: por cuyo motivo se apoderó de mí la idea de saber el arte de aprender. No se afanaron tanto los antiguos químicos en pos de la piedra filosofal, ni los modernos publicistas en busca del equilibrio de los poderes, como yo andando en zaga del arte maravilloso: y Aristóteles, con sus infinitos sectarios, y Raimundo Lulio, y Descartes, y Malebranche, y Locke, y Condillac, y no sé cuántos menos notables, cuyos nombres no recuerdo, no bastaban á satisfacer mi ardor. Quién me ocupaba y confundía con las mil reglas sobre los silogismos, quién señalaba mayor importancia á los juicios y proposiciones, quién á la claridad y exactitud de la percepción, quién me abrumaba con preceptos sobre el método, quién me llevaba de la mano á la investigación del origen de las ideas, dejándome más en oscuras que antes; en breve, no tardé en advertir que cada cual echaba por su camino favorito, y que á quien en seguirlos se empeñase le habían de volver la cabeza.

Estos señores directores del entendimiento humano, dije para mí mismo, no se entienden entre sí: esto es la torre de Babel, en que cada cual habla su lengua; con la diferencia de que allí el orgullo acarreó el castigo de la confusión, y aquí la confusión misma aumenta el orgullo, erigiéndose cada cual en único legítimo maestro, y pretendiendo que todos los demás no ofrecen para el derecho de enseñanza sino títulos apócrifos. Al propio tiempo, iba notando que lo mismo con corta diferencia sucedía en los demás ramos del humano saber; con lo que entendí, que era necesario, urgente, desterrar la hermosa ilusión que

sobre las ciencias me había formado. Estos desengaños habían preparado mi espíritu á una verdadera revolución; y aunque vacilando algunos momentos, al fin me decidí á pronunciar contra los poderes científicos, y alzando en mi entendimiento una bandera, escribí en ella: *abajo la autoridad científica.*

Nada tenía yo para sustituir al poder destruído, porque si esos respetables filósofos sabían poco sobre las altas cuestiones cuya solución andaba buscando, yo sabía menos que ellos, pues que no sabía nada. Ya puede V. imaginarse que no dejaría de serme doloroso el consumir una revolución semejante; y que á veces hasta me acusaba de ingrato, cuando llevando la revolución hasta sus últimas consecuencias, forzaba á emigrar de mi espíritu personas tan respetables como Platón, Aristóteles, Descartes, Malebranche, Leibnitz, Locke y Condillac. La anarquía era el necesario resultado de un paso semejante; pero yo me resignaba gustoso á ella, antes que llamar nuevamente al gobierno de mi entendimiento á estos señores que así me habían engañado. Además, que habiendo probado ya el placer de la libertad, no quería deslustrar el triunfo, pasando por las horcas caudinas.

Apremiado mi espíritu por la sed de la verdad, no podía quedar en un estado de completa inercia; y así es que empecé buscarla con mayor empeño, no pudiendo creer que estuviera el hombre condenado á ignorarla, mientras vive en este mundo. Sin duda creará V. que un escepticismo universal fué el inmediato resultado de mi revolución, y que concentrado dentro de mí mismo, dudé de la existencia del mundo que me rodeaba, dudé de la existencia de mi propio cuerpo, y que temeroso de que no se me escapara toda existencia y que á manera de encantamiento me hallase reducido á la nada, me apresuré á asirme del raciocinio de Descartes: *yo pienso, luego soy: ego cogito, ergo sum.* Pues nada de eso, mi estimado amigo; que si bien tenía alguna afición á la filosofía no estaba sin embargo fanatizado por el filósofo; y sin reflexionar mucho me con-

vencí de que dudar de todo es carecer de lo más precioso de la razón humana, que es el sentido común. No me faltaba la noticia del axioma ó entimema de Descartes, y de otras semejantes proposiciones ó principios; pero siempre me pareció que tan cierto me estaba de que existía como de que pensaba, como de que tenía cuerpo, como del movimiento, como de las impresiones de los sentidos, como del mundo que me rodeaba; y por consiguiente, reservándome fingir por algunos momentos esa duda para cuando el ocio y el humor lo consintieran, me quedé con todas las convicciones y creencias que antes, salvo las llamadas filosóficas. Para éstas fui, y he sido y seré inexorable: la filosofía proclama sin cesar el examen, la evidencia, la demostración; enhorabuena: pero sepa al menos que cuando seamos hombres y no más, nos arreglaremos en nuestras convicciones cual á nosotros nos cumpla, siguiendo las inspiraciones del buen sentido; pero en los ratos en que seamos filósofos, que para todo hombre son ratos muy breves, reclamaremos sin cesar el derecho de examen, exigiremos evidencia, pediremos demostración seca. Quien reina en nombre de un principio, menester es que se resigne á sufrir los desacatos que dimanar puedan de las consecuencias.

Claro es que en este naufragio universal de las convicciones filosóficas, no entraban las religiosas: éstas las había adquirido por otro camino, se presentaban á mi espíritu con otros títulos, y sobre todo se encaminaban de suyo á dirigir la conducta, á hacerme nó sabio sino bueno; de consiguiente contra ellas no se irritó mi susceptibilidad pirrónica. Todavía más: tan lejos de que sintiera inclinación á separarme de las creencias que se me habían inspirado en la infancia, me convení más y más de la necesidad, y hasta del interés propio que tenía en no perderlas; pues que comencé á mirarlas como la única tabla de salvación en este proceloso mar de las cavilaciones humanas. Acrecentóse el deseo de aferrarme en la fe católica, cuando ocupándome algunos ratos, con espíritu de com-

pleta independencia, en el examen de las trascendentales cuestiones que la filosofía se propone resolver, me vi rodeado por todas partes de espesísimas tinieblas; sin que descubriese más luz que algunas ráfagas siniestras, que sin alumbrar el camino, sólo servían para hacerme visible la profundidad de los abismos á cuyo borde se hallaban mis plantas.

Por esto conservaba en el fondo de mi alma la fe católica como un tesoro de inestimable valor; por esto al encontrarme angustiado en vista de la nada de la ciencia del hombre, y cuando me parecía que la duda se iba apoderando de mi espíritu, haciendo desaparecer de mis ojos el universo entero, como desaparecen de la vista de los espectadores las mentirosas ilusiones con que por algunos momentos los ha entretenido un hábil prestidigitador, daba una mirada á la fe, y su solo recuerdo era bastante á confortarme y alentarme.

Recorriendo las cuestiones, que cual insondables piélagos rodean los principios de la moral, examinando los incomprensibles problemas de la ideología y de la metafísica, echando una ojeada á los misterios de la historia y á los escrúpulos de la crítica, contemplando la humanidad entera en su actual existencia y en los sombríos arcanos de su porvenir, deslizábanse á veces por mi entendimiento pensamientos aciagos, cual monstruos desconocidos que asoman su cabeza, asustando al viajero en una playa solitaria; pero yo tenía fe en la Providencia, la Providencia me salvó. He aquí cómo discurría para fortificar mi espíritu, dejando á la gracia que no dejara estériles mis débiles esfuerzos: «Si dejas de ser católico, no serás por cierto ni protestante, ni judío, ni musulmán, ni idólatra; estarás pues de golpe en el Deísmo. Entonces te hallarás con un Dios, pero no sabiendo nada sobre tu origen y tu destino, nada sobre los incomprensibles misterios que por experiencia ves y sientes en tí mismo y en la humanidad entera, nada sobre la existencia de premios y penas en otro mundo, sobre la otra vida, sobre la inmortalidad del

alma; nada sobre los motivos que haya podido tener la Providencia en condenar á sus criaturas á tantos sufrimientos sobre la tierra, sin darles ninguna noticia que consolarlas pudiera con la esperanza de otros destinos; nada entenderás de las grandes catástrofes que con tanta frecuencia ha padecido, padece y andará padeciendo el humano linaje; es decir que no hallarás la acción de la Providencia en ninguna parte, no hallarás por consiguiente á Dios; por tanto dudarás de su existencia, si es que no abrazas decididamente el ateísmo. Fuera Dios del universo, el mundo es hijo del acaso, y el acaso es una palabra sin sentido, y la naturaleza un enigma, y el alma humana una ilusión, y las relaciones morales nada, y la moral una mentira. Consecuencia lógica, necesaria, inflexible; término fatal que no puede el hombre contemplar sin estremecerse; negro é insondable abismo al cual no cabe abocarse sin espanto y horror.»

Así media el camino que me era preciso seguir, una vez apartado de la fe católica, si continuar intentara en el examen filosófico sacando consecuencias de los principios que yo propio hubiera sentado en el momento de la defecación. A tanta insensatez no quería yo llegar, no quería suicidarme de tal suerte matando mi existencia intelectual y moral, apagando de un soplo la sola antorcha que alumbrarme podía en el breve trecho de la vida. Así me he quedado con mucha desconfianza en la ciencia del hombre, pero con profunda fe religiosa: llámelo V. pusilanimidad ó como más le agradare; no creo sin embargo, que me pese de la resolución cuando me halle al borde de la tumba.

Hay en las regiones de la ciencia como en los senderos de la práctica, ciertas reglas de buen juicio y prudencia de que no debe el hombre desviarse jamás. Todo lo que sea luchar con el grito de nuestro sentido íntimo, con la voz de la naturaleza misma, para entregarse á vanas cavilaciones, es ajeno de la cordura, es contrario á los principios de la sana razón. Por esta causa, debe condenarse

como insensato el sistema de un escepticismo universal hasta en las materias puramente filosóficas; sin que por esto sea menester abrazar ciegamente las opiniones de esta ó aquella escuela. Pero donde conviene particularmente la sobriedad en el uso de la razón es en materias religiosas: porque siendo éstas de un orden muy elevado, y rozándose en muchos puntos con las torcidas inclinaciones del corazón, tan presto como la razón empieza á cavilar y sutilizar en demasía, se halla el hombre en un laberinto donde paga muy caro su presunción y orgullo. Quédase el entendimiento en un cansancio, en un abatimiento, en una postración indecibles, desde que se ha levantado contra el cielo; como nos cuentan las historias de aquel brazo que en el momento de extenderse á un objeto sagrado se sintió herido de parálisis.

¡Singularidad notable! el escepticismo religioso sirve únicamente en medio de la dicha terrena, sólo se alberga tranquilamente en el hombre, cuando rebotando de salud y de vida, mira como eventualidad muy lejana el instante supremo en que le será preciso al espíritu el desprenderse del cuerpo mortal y pasar á otra vida. Pero desde el momento en que la existencia está en peligro, cuando vienen las enfermedades, como heraldos de la muerte, á indicarnos que no está lejos el terrible trance, cuando un riesgo imprevisto nos advierte que estamos como colgantes de un hilo sobre el abismo de la eternidad, entonces el escepticismo deja de ser satisfactorio; la mentida seguridad que poco antes nos proporcionara, se trueca en incertidumbre cruel, angustiosa, llena de remordimientos, de sobresalto, de espanto. Entonces el escepticismo deja de ser cómodo, y pasa á ser horroroso; y en su mortal postración busca el hombre la luz y no la encuentra, llama á la fe, y la fe no le responde; invoca á Dios, y Dios se hace sordo á sus tardías invocaciones.

Y para ser el escepticismo duro, cruel tormento del alma, no es necesario hallarse en esos trances formidables en que el hombre fija azorada su vista en las tinieblas de

un incierto porvenir; en el curso ordinario de la vida, en medio de los acontecimientos más comunes, siente mil veces el hombre cual cae gota á gota sobre su corazón el veneno de la víbora que en su seno abriga. Momentos hay en que los placeres cansan, el mundo fastidia, la vida se hace pesada, la existencia se arrastra sobre un tiempo que camina con lentitud perezosa. Un tedio profundo se apodera del alma; un indecible malestar la aqueja y atormenta. No son los pesares abrumadores destrozando el corazón, no es la tristeza abatiendo el espíritu, y arrancándole dolorosos suspiros por medio de punzantes recuerdos: es una pasión que nada tiene de vivo, de agudo, es una languidez mortal, es un disgusto de cuanto nos circunda, es un penoso entorpecimiento de todas las facultades, como aquel desasosegado estupor que en ciertas dolencias anuncia crisis peligrosas. ¿A qué estoy yo en el mundo, se dice el hombre á sí mismo? ¿Qué ventajas me trae el haber salido de la nada? ¿Qué pierdo apartándome de la vista de una tierra, para mí agostada, de un sol que para mí no brilla? El día de hoy es insípido como el día de ayer, y el día de mañana lo será como el de hoy; mi alma está sedienta de gozar y no goza; ávida de dicha y no la alcanza; consumiéndose como una antorcha que por falta de pábulo desfallece. ¿No ha sentido V. repetidas veces, mi estimado amigo, este tormento de los afortunados del mundo, ese gusano roedor de los espíritus que se pretenden superiores? ¿no asoma jamás en su pecho ese movimiento de desesperación que se ofrece al hombre como el único remedio á un mal tan insoportable? Pues sepa V. que uno de sus más funestos manantiales es el escepticismo, ese vacío del alma que la desasosiega y atormenta, esa ausencia espantosa de toda fe, de toda esperanza, esa incertidumbre sobre Dios, sobre la naturaleza, origen y destino del hombre. Vacío tanto más sensible, cuanto recae en almas ejercitadas en el discurso por el estudio de las ciencias, excitadas en todas sus facultades mentales por una literatura oca que sólo se propone producir efecto, aunque sean los

sacudimientos de la electricidad ó las convulsiones del galvanismo; almas que sienten avivadas y aguzadas todas las pasiones por un mundo sagaz que les habla en todos los idiomas y las conmueve de tan varias maneras, echando mano de infinidad de recursos.

He aquí, mi estimado amigo, lo que pienso del escepticismo, lo que opino de sus efectos sobre el espíritu humano. Le considero como una de las plagas características de la época, y uno de los más terribles castigos que ha descargado Dios sobre el humano linaje.

¿Cómo se puede remediar un mal tamaño? no lo sé; pero sí que me atreveré á decir que se pueden atajar algún tanto sus progresos; y me inclino á esperar que así se hará, siquiera por el interés de la sociedad, por el buen orden y bienestar de la familia, por el reposo y sosiego del individuo. El escepticismo no ha caído de repente sobre los pueblos civilizados; es una gangrena que ha cundido con lentitud; lentamente se ha de remediar también; y sería uno de los más estupendos prodigios de la diestra del Omnipotente si para su curación no fuera menester el transcurso de muchas generaciones.

Así entenderá V., mi estimado amigo, que no me hago ilusiones sobre la verdadera situación de las cosas; y que flotando yo en medio de las olas sobre la tabla que me conducirá á salvamento, no pierdo de vista el destrozo que en mis alrededores existe, no olvido la funesta catástrofe que han sufrido los espíritus por un fatal concurso de circunstancias durante los tres últimos siglos.

¿Cómo permite Dios, me dice V., que ande fluctuando la humanidad en medio de tantos errores, y que de tal suerte su extravío sobre los puntos que más interesan? Esta dificultad no se limita á la permisión divina con respecto á las sectas separadas, sino que se extiende á las demás religiones; y como éstas han sido muchas y extravagantes desde que el humano linaje se apartó de la pureza de las tradiciones primitivas, la objeción abarca la historia entera, y el pedir su solución es nada me-

nos que demandar la clave para explicar los arcanos que en tanta abundancia se ofrecen en la historia de los hijos de Adán.

No es este asunto que se preste á ser aclarado en pocas palabras, si aclaración llamarse puede lo que sobre tan profundo misterio alcanza el débil hombre; como quiera, procuraré hacerlo en otra carta, dado que la presente va tomando más ensanche del que fuera menester.

Manifestada tiene V. mi opinión sobre el escepticismo religioso, y declarado también cuál se aviene la fe católica con una prudente desconfianza de los sistemas de los filósofos. Muchos quizás no se avengan con esta manera de mirar las cosas; sin embargo la experiencia demuestra que el espíritu se halla muy bien en este estado; y que cierto grado de escepticismo científico, hace más fácil y llevadera la fe religiosa. Si en ella no me mantuviese la autoridad de una Iglesia que lleva más de 18 siglos de duración, que tiene en confirmación de su divinidad su misma conservación al través de tantos obstáculos, la sangre de innumerables mártires, el cumplimiento de las profecías, infinitos milagros, la santidad de la doctrina, la elevación de sus dogmas, la pureza de su moral, la admirable armonía con todo cuanto existe de bello, de grande, de sublime, los inefables beneficios que ha dispensado á la familia y á la sociedad, el cambio fundamental que en pro de la humanidad ha realizado en todos los países donde se ha establecido, y la degradación, el envilecimiento que sin excepción veo reinando allí donde ella no domina; si no tuviera, digo, todo este imponente conjunto de motivos para conservarme adicto á la fe, haría un esfuerzo para no apartarme de ella, cuando no fuera por otra razón, por no perder la tranquilidad de espíritu.

Dé V. una ojeada en torno, mi estimado amigo: no verá más por doquiera que horribles escollos, regiones desiertas, playas inhospitalarias. Este es el único asilo para la triste humanidad; arrójese quien quiera al furor de las olas, yo no dejaré esta tierra bendita donde me colocó la

Providencia. Si algún día fatigado y rendido de luchar con las tempestades se aproxima V. á las venturosas orillas, se tendrá por feliz si en algo puede favorecerle tendiéndole una mano auxiliadora este S. S. Q. B. S. M.—*J. B.*

LA RELIGIÓN EN BARCELONA.

Allá en tiempo de nuestros antepasados, cuando la fe reinaba en los entendimientos, y la esperanza en los corazones, cuando la sociedad entera se regía por la enseñanza de la Iglesia católica, cuando el poder y el pueblo, el rico y el pobre, y la ciencia y las artes demandaban á la Religión sus inspiraciones sublimes, sus ilustradores consejos, y sobre todo su protección poderosa, cuando los sucesos prósperos eran mirados como una gracia del cielo, y los adversos como un justo castigo, cuando se veía presente á Dios en todas partes, desde la cúpula del regio alcázar hasta lo más recóndito del humilde hogar doméstico, apenas se encontraban un reino, una provincia, una ciudad en peligro de grave daño, ó sufrían alguna de tantas calamidades como sin cesar afligen á la desgraciada prole de Adán, todas las miradas se levantaban al cielo, todas las almas se encumbraban sobre la región material y terrena, para implorar clemencia y alcanzar socorro. Los templos se llenaban de fieles que suplicaban con oración fervorosa; en los altares de los santos resplandecían en abundancia cirios y blandones, las imágenes se adoraban con preciosas dádivas, el sacerdote recibía cuantiosas ofrendas, celebrábase al augusto sacrificio con solemne pompa y majestad, los oradores sagrados predicaban con piadoso fuego la divina palabra, arrancando del numeroso auditorio el grito de compunción y de humildad,